

neras tomaría la plaza, aunque hubiera que estar al frente de sus muros por tiempo indefinido, porque la Francia tenaz y constante en sus empresas, le había hecho á él eco de los sentimientos de su país, y más cuando sabía por algunos individuos salidos de la plaza, que los defensores se hallaban sin víveres, no obstante haber dispuesto de todos los que de propiedad particular se encontraron en la población; no le importaba, dijo Forey, que la plaza se rindiera hasta la próxima estación de lluvias, porque una vez rendida, procuraría consolidarse en ella y marcharía sobre México hasta el invierno. El jefe de la plaza rehusó todas las ofertas y no se prestó á la conferencia, creyéndola inútil, pues le faltaban poderes para intervenir en las cuestiones políticas y diplomáticas de su país.

Habíanse llevado á cabo en las líneas defendidas por los generales La Llave, Berriozábal, Díaz y Auza, galerías subterráneas, para hacer volar por medio de minas los edificios ocupados por los franceses, empleándose en esos trabajos zapadores de Zacatecas y Guanajuato, que eran los más hábiles y acostumbrados á esa clase de labores; pero faltó la pólvora para cargar las minas y aquellas galerías fueron ocupadas por los franceses al rendirse la plaza.

La jornada del 8 de Mayo, á la vez que levantó el espíritu de las tropas francesas un tanto desalentadas por la prolongación de guerra tan peligrosa, en la que era preciso ir posesionándose de las cuadras de la ciudad, quitó á la guarnición de Puebla toda esperanza de ser auxiliada; ya se presentía que pronto se vería obligada la plaza á capitular ó rendirse. La actividad del general Bazaine precipitó la hora del desenlace, al abrir el 12 de Mayo en la noche la primera paralela delante del fuerte de Teotimehuacán; y en los días 15 y 16 desmontó la artillería francesa varios cañones de ese fuerte, destruyó las troneras y se tuvo por seguro un nuevo asalto. En la plaza de Puebla se ignoraba hasta la tarde del día 9 la desgracia acaecida al ejército del Centro; pero ya al anochecer se presentó un parlamentario francés con una nota del general Forey, en la que avisaba que la fortuna había concedido á las armas de la Francia un triunfo importante sobre las tropas del general Comonfort, quien había dejado en poder de las expedicionarias un millar de prisioneros, entre estos cincuenta y seis oficiales de todos grados; remitía los siete prisioneros que aun debía, enviándolos por el rumbo que el general G. Ortega había señalado para los parlamentos ó comunicaciones cuando fuera necesario. Además hacía subir también á mil el número de muertos y heridos; dijo que habían caído en su poder ocho piezas de artillería, cinco de ellas rayadas, tres banderas, once banderolas de guías, gran cantidad de armas, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas y multitud de carneros; aseguró que había perseguido á sus contrarios por larga distancia, derrotándolos completamente con la caballería, y que de todo esto le informaba para evitar que le engañaran los diaros mexicanos que disfrazaban la verdad de la manera más escandalosa; esperaba que la verdad exacta del hecho referido contribuiría á abrir los ojos á los que negaban que la Francia abrigaba leales intenciones, no queriendo más que concurrir con

los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad, en este desgraciado país arruinado y desolado por la guerra civil.

Hasta el día 13 contestó el general G. Ortega al general Forey, acusando recibo de la nota y de los prisioneros que se le enviaban; le daba las gracias por el aviso relativo al combate que tuvo verificativo en San Lorenzo; aseguraba que la Nación no admitiría la intervención de un gobierno extranjero en los negocios de la política interior, hecho que significaría la pérdida de la independencia y la mancilla de su honor; con franqueza le aseguraba, que en tiempo no lejano se vencería de que toda la sangre francesa y mexicana derramada y la que seguiría derramándose, sería infructuosa para el objeto que se había propuesto la Francia, porque cualquiera que fuese el poder de esta grande y culta Nación, no era tanto que pudiera sobreponerse á la opinión de un pueblo que había protestado con su sangre ser independiente y libre.

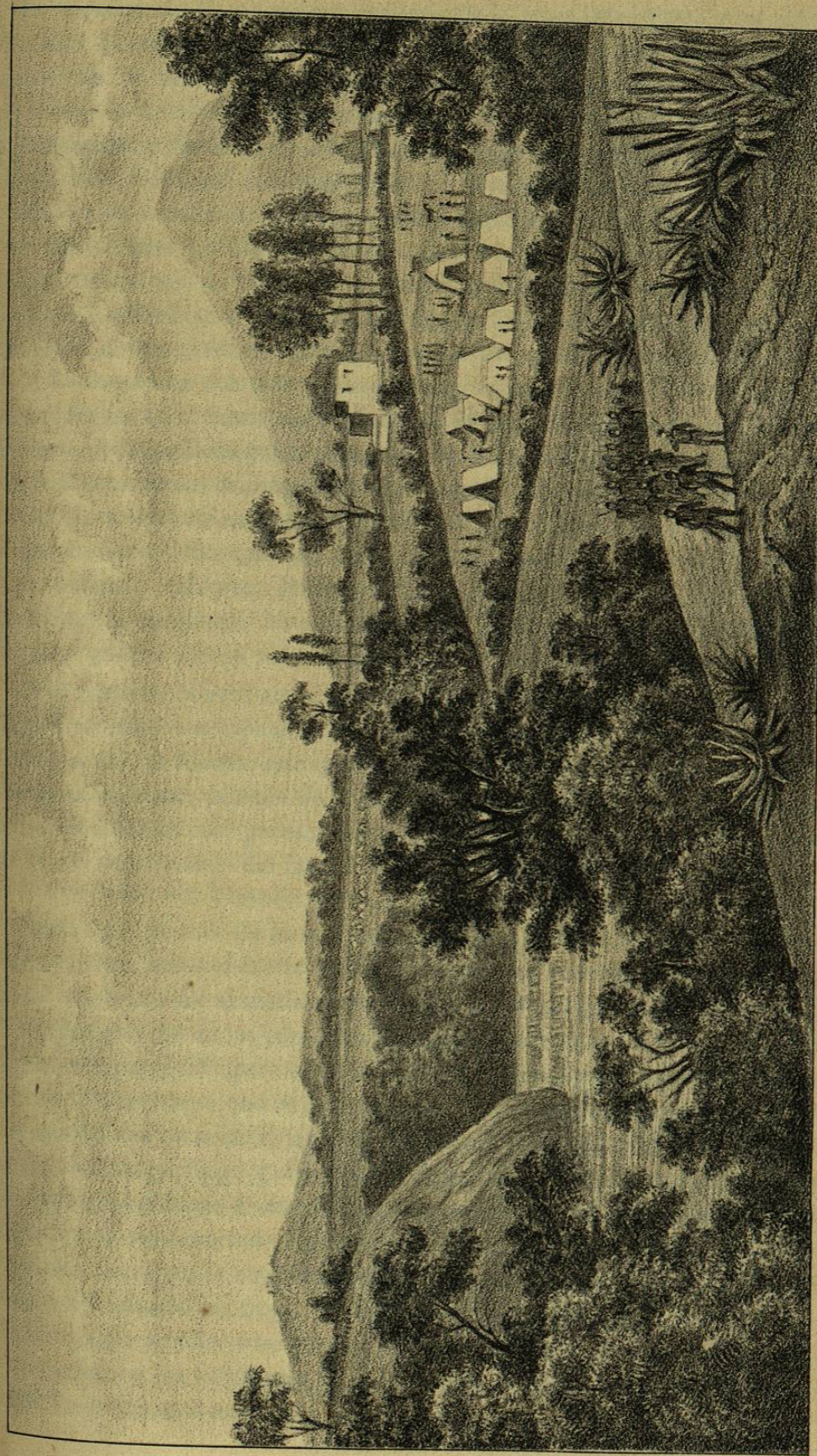
Los prisioneros remitidos por el general Forey dieron informes extensos acerca del descalabro que sufrió el ejército del Centro. La noticia creó nuevas dificultades al jefe de la plaza sitiada, pues los generales Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre y La Llave, se reunieron en una casa particular en la noche del día 9 y enviaron al jefe de la plaza á las tres de la madrugada, una comunicación suscrita por los cinco, repitiendo algunos de los argumentos expuestos al tratar de la desocupación y reprochándole que insistiera en la defensa estando convencido de que la plaza debía perderse; volvían á decir lo que ya le habían manifestado otra vez, para eximirse de la responsabilidad que tenían ante la Nación, y concluían manifestando que no estaban por celebrar capitulación alguna con el ejército francés. También se le presentó al siguiente día el general Pinzón, preguntándole alarmado, si era cierto que se tratara de una capitulación. El general G. Ortega contestó indignado, que la plaza jamás capitularía; reconvino con dureza á los generales Berriozábal y La Llave, por las especies que vertían en público y le acababa de transmitir el general Pinzón, especies que no podían tener otro origen sino la junta celebrada la noche anterior, sin acuerdo y permiso del cuartel general; dichos generales se excusaron con que la junta había tenido verificativo en las altas horas de la noche y que la habían celebrado con todas las precauciones posibles; por lo mismo no eran responsables de los rumores que corrieran en público; la responsabilidad recaería más bien sobre alguno de los ayudantes. González Ortega sentía mucho que le hubieran dirigido la comunicación citada, que se propuso contestar; aseguró que ya la ruptura del sitio se había proyectado desde el día 2, retardándola los acontecimientos que les refirió, pero que una vez fracasado el proyecto de la introducción de víveres, iba á dictar disposiciones para romper el cerco, paso que debía hacerse sin precipitación, con la calma que requería la gravedad del negocio. En la contestación á la nota de los cinco generales, repitió que no proponía, ni admitiría capitulación alguna; que el hecho sólo de haber sostenido por tan largo tiempo el sitio era de por sí una victoria, pues que en los sitios modernos las plazas de primer orden sucumbían casi siempre antes de los cuarenta días,

terminaba recordando á los que habían firmado la comunicación, sus deberes como soldados y especialmente los compromisos que habían contraído en la junta habida antes de que principiara el asedio de la plaza. Esta contestación según aseguró el Sr. González Ortega en el parte oficial, no llegó á entregarla á los generales por no haberse presentado una ocasión oportuna.

De nuevo dictó sus disposiciones el general en jefe de la plaza, para romper el cerco el día 14, y dió aviso al general Comonfort para que el ejército del Centro hiciera un movimiento hacia el pueblo de Ocotlán, con objeto de llamar la atención de los sitiadores; indicábale el cerro en el que habían de aparecer ciertas señales que serían el indicio de que se había recibido la carta; pero las señales no aparecieron. Solamente fué posible alistar treinta piezas de artillería y se resolvió destruir las demás; el cuartel-maestre formuló un plan para romper el cerco y salvar al ejército sitiado, con cuyo plan no estuvo enteramente de acuerdo el general González Ortega.

A la vez renovaron los sitiadores aquellos rudos y vigorosos ataques que habían suspendido desde el mal éxito del 25 de Abril, si bien esos ataques llevaban por objeto principal concluir la circunvalación de la plaza; pero no abrían nuevas brechas ni intentaban nuevos asaltos. Hacían frecuentes salidas para oponerse á esos trabajos, las fuerzas de Durango y Chihuahua que defendían el fuerte de Ingenieros á las órdenes del general Patoni, las de Guerrero que mandaba el general Pinzón, en el fuerte de Zaragoza, así como las que custodiaban el fuerte del Carmen al mando del coronel Sánchez Román, del Estado de Zacatecas, á las que perteneció el coronel de guardia nacional Gregorio Alcántara, muerto en una de esas salidas. En la línea del Carmen á Ingenieros fueron muy nutridos los fuegos el día 11, y al siguiente hubo muy rudos ataques, fuera de los parapetos y durante la noche.

Haciase ya insostenible el sitio; dentro de la ciudad se veían cuadros que desgarraban el corazón: multitud de familias compuestas de mujeres y niños macilentos, acosadas por el hambre, preferían de una vez afrontar la muerte á permanecer sufriendo: formábanse en grupos y dirigiéndose por toda la arquería que va del Carmen á Ingenieros, intentaron protegidas por banderas blancas, pasar el cerco enemigo, creyeron que la edad y sexo de las personas que componían la caravana, yendo por un lugar donde no había combate, haría que ninguna operación militar embarazara la salida. Pero el ejército sitiador, que conocía la escasez de municiones y víveres que resentía la plaza, quiso hacer la situación más violenta é impidió la salida rompiendo el fuego sobre aquellos grupos, desde las obras que construía por el rumbo. Las familias se replegaron á las casas y al intentar nuevas salidas fueron otra vez repelidas por el ejército francés, que volvió á hacer fuego sobre tantas personas que obraban impulsadas por violenta é irresistible desesperación; los fuegos continuaron en la noche, principalmente contra el fuerte de Ingenieros, sobre el cual hizo jugar todas sus baterías el ejército sitiador en la mañana del día 13, sin dejar de hostilizar con sus proyectiles al Carmen.



*Campamento del General Forey, en el Cerro de San Juan, frente á Puebla.*

Desafiado por los defensores de la Ciudad de Puebla, en el sitio que ésta sufrió el año de 1863, el Cerro de San Juan, lo ocupó el General Forey, estableciendo allí el Cuartel General y lo fortificó sólidamente. Desde aquella altura observaba los trabajos que los sitiados hacían para la defensa y la rapidez con que levantaban nuevas fortificaciones. El día 19 de Marzo un cañonazo disparado en el Cerro, anunció que el General Forey había enbolado en aquella posición la bandera y que allí quedaba situado el Cuartel General.

La negativa de Forey para que salieran de la plaza las mujeres y los niños que querían huir de los estragos del bombardeo y la miseria, si bien se podía considerar entre uno de los medios para obligar á los defensores de la plaza á que capitularan, debe reprobársela la humanidad, porque hacia partícipes de los estragos á seres inofensivos y desgraciados. También se cometió la atrocidad de fusilar á unas mujeres por sospechas de que llevaban á los sitiados noticias ó comunicaciones.

En ese día verificó una vigorosa salida el general Patoni sobre las paralelas y puntos atrincherados por los sitiadores, agregando á sus fuerzas una parte de las reservas que tenía bajo su mando el general Negrete. Reñido y sangriento fué el ataque, llegando los denodados hijos de Durango y Chihuahua hasta el glasis de las obras francesas, donde quedaron muertos muchos de aquellos arrojados fronterizos; un soldado herido de las dos piernas, se ligó las heridas con el auxilio de los compañeros y sosteniéndose en el muro sigue haciendo fuego; otro cae herido en la llanura entre el fuerte de Ingenieros y los parapetos de los sitiadores, y arrastrándose reúne algunos cadáveres de sus compañeros, forma con ellos trincheras y sigue batiéndose durante el día. No solamente en las fuerzas de Durango y Chihuahua se vieron esos admirables rasgos de valor, sino también en las de los Estados de Puebla, Veracruz, Jalisco, Aguascalientes, México, Distrito federal, Chiapas, Oaxaca, Tlaxcala, Michoacán, Querétaro, Guanajuato, Nuevo León, San Luis y Zacatecas, sobresaliendo el contingente guerrero dado por el pobre y lejano Estado de Chiapas.

Gran parte de la artillería de la plaza estaba ya inútil, por haberse consumido las municiones que correspondían al calibre de las piezas puestas en receso. De los repuestos de los fuertes que no habían sido atacados, se tomaron municiones para proveer á los otros, dejando una dotación de veinticinco tiros por pieza, contra cuya disposición protestó el general Gayoss, en términos comedidos y respetuosos, dejando de ser responsable del fuerte de Guadalupe, que con tan corta dotación apenas podría sostener dos horas de fuego.

El día 14 á las seis de la mañana, rompieron todas las baterías de los sitiadores fuego nutrido sobre el fuerte de Ingenieros, que contestó vigorosamente. Ese día quedó celebrado un armisticio para levantar los cadáveres de mexicanos, tirados en la llanura y al pie de los parapetos franceses. La noche del mismo día era la señalada para romper el sitio; pero el no haber contestado el general Comonfort, hacía temer que las tres cartas en que se le pedía auxilio hubieran caído en poder de los sitiadores, que tal vez estarían al tanto de los planes y proyectos del jefe de la plaza; en la noche continuó el fuego y siguieron acabándose las municiones. Casualmente en ese día pudo proporcionar el coronel Colombres cerca de mil cargas de trigo, cuya existencia no había sido conocida antes pues estaban en punto cercano á las obras de los franceses, razón por la cual fué necesario que durante la noche verificaran repetidas salidas del Cármen las tropas de Zacatecas, para sostener el punto en que se hallaba el depósito y poder trasladarlo á la ciudad; seiscientas cargas de aquel trigo fueron vendidas á los habitantes de Puebla y el resto quedó para que pudiera alimentarse dos ó tres días más el ejército sitiado.